

- reproductiva en población adolescente*, Buenos Aires, Sociedad Argentina de Ginecología Infanto Juvenil.
- Ricoeur, P. (1990): "Individuo e identidad personal", en Veyne, P. y otros: *Sobre el individuo*, Barcelona, Paidós.
- (1992): *Oneself as another*, Chicago, The University of Chicago Press.
- Robin, R. (1996): *Identidad, memoria y relato*, Buenos Aires, Oficina de Publicaciones del CBC.
- Sarlo, B. (1994): *Escenas de la vida posmoderna*, Buenos Aires, Ariel.
- Thompson, E. (1972): *La formación histórica de la clase obrera inglesa*, Barcelona, Laia.
- (1984): *Tradicón, revuelta y conciencia de clase*, Barcelona, Crítica.
- Williams, R. (1980): *Marxismo y literatura*, Barcelona, Península.

6. Instituciones desafiadas Subjetividades juveniles: territorios en reconfiguración

Rossana Reguillo

El sustantivo se forma por acumulación de adjetivos.

JORGE LUIS BORGES

La pregunta en torno a los jóvenes adquiere en los horizontes latinoamericanos un carácter de urgencia. Los procesos de exclusión crecientes, en el contexto de un feroz neoliberalismo global, están condenando a la pobreza y a la "inviabilidad" a millones de jóvenes. Hoy sabemos, por ejemplo, que en el mundo hay 88 millones de jóvenes sin empleo, lo que representa el 47% en el total del desempleo, y que la probabilidad de no tener trabajo es de 3,8% para los jóvenes de los países en desarrollo.¹

A partir de la segunda mitad de los ochenta, los datos empezaron a cambiar, primero de manera imperceptible hasta que, a finales de la década de los noventa, las evidencias eran incontestables: el 27% de los pobres en Latinoamérica son jóvenes y son también jóvenes el 23% de los extremadamente pobres. En números absolutos, en el año 2002 en la región había 58 millones de jóvenes pobres (7.600.000 más que en 1990), de los cuales 21.200.000 eran pobres extremos o indigentes (800.000 más con respecto a 1990). Argentina, Brasil, Colombia, El Salvador y México presentan una incidencia del 50% en relación con los jóvenes en condiciones de pobreza, problema que se agudizó de manera alarmante en la Argentina y Venezuela (CEPAL, 2004).

Entre los jóvenes de 15 a 19 años, el 14,3% de ellos trabaja y estudia, el 20,3% sólo trabaja, el 47,2% sólo estudia y el 18,2% no estudia ni trabaja. Entre los que van de los 20 a los 24 años, el

¹ Consultar *Tendencias mundiales del empleo juvenil*, Ginebra, OIT, 2004.

10,6% trabaja y estudia, el 48,1% sólo trabaja, el 14,6% sólo estudia y el 26,8% no estudia ni trabaja. Y, lo que constituye un dato pasmoso, la CEPAL documenta que el 46,4% de los jóvenes de 20 a 24 años en la región no tiene ingresos.

El 80% de los jóvenes urbanos provienen de hogares donde los padres cuentan con un capital escolar insuficiente para acceder al bienestar, lo que tiende a reproducir las desigualdades y la exclusión educativa. Se dice que “las oportunidades educativas quedan determinadas por el patrón de desigualdades prevalente en la generación anterior” (CEPAL, 2004, p. 176). La diferenciación por niveles socioeconómicos es clave y se agudiza cuanto mayor sea el nivel educativo: por ejemplo, mientras que en el Gran Buenos Aires la diferencia entre la cobertura de la educación primaria para jóvenes de 15 a 29 años de edad, entre el sector más pobre y el sector más rico, era en el año 2002 de un 10%, la diferencia en la cobertura de la educación secundaria era del orden del 40% (con aproximadamente un 17% de cobertura para el sector más pobre y un 75% para el sector más rico), situación que se reproduce en México, se agrava en Brasil y El Salvador y mejora ligeramente en Colombia.

Y especialmente en el caso de México, a partir de la Encuesta Nacional de Juventud (2006), hemos podido detectar claramente la configuración de dos juventudes, de dos países, de desigualdades profundas en la llamada “condición juvenil”. La primera, a la que, siguiendo a Néstor García Canclini (2004), quisiera llamar “desconectada y desigual”: una juventud con escaso o nulo acceso a servicios de salud (el 49,8% de los jóvenes no tienen acceso a ningún servicio de salud), ni garantías laborales (el 71,8% no contaron con un contrato en su primer trabajo), informatizada, cuyos reclamos se inscriben en una lógica absolutamente estructural, aspiraciones elementales de justicia social y bienestar. La segunda es aquella juventud bien ubicada en relación con la conectividad y el acceso a satisfactores fundamentales, como educación, empleo, salud. ¿Dos Méxicos, dos juventudes? Los datos parecen confirmarlo y señalar la dramática brecha que se abre entre unos

y otros. Esta situación se complejiza ante la constatación del desfase, generalizado, entre los temores y críticas de los jóvenes y la poca posibilidad de acción que tienen en la esfera pública. El desinterés en “la política” y el desconcierto frente a “lo político” manifestado por la mayoría de los jóvenes, aunque puedan leerse de manera transversal, es decir, como una situación común a todos los jóvenes, tienen sin embargo implicaciones distintas para unos y para otros. Sus preocupaciones y aspiraciones parecen no encontrar ámbitos institucionales de expresión o canalización, lo que no es una consideración menor, porque esta ausencia de “representación” de la voz juvenil implica para los más desprotegidos y desfavorecidos una carencia de mecanismos institucionales que favorezcan y garanticen su incorporación social. Lo que quiero enfatizar es que la desesperanza y el descrédito compartidos por muchos jóvenes tienen alcances y rostros distintos según qué lugar se ocupe en la estructura social.

Y podríamos seguir documentando la crisis, pero, más allá del dato estadístico, la dimensión estructural se constituye en plataforma, marco, límite, lógica y frontera en la construcción de las biografías juveniles. De manera especial hay que señalar la profunda relación entre esta situación estructural y el protagonismo creciente de muchos jóvenes en el escenario de violencias sincopadas y caóticas que, a su vez, provocan respuestas sociales e institucionales de carácter cada vez más inmediateista y autoritario, lo que deriva en una demonización de los jóvenes, especialmente de los sectores populares.

En este escenario hay tres ejes, dimensiones o factores, que no es posible eludir en cualquier intento –serio– de pensar las subjetividades juveniles, sus procesos de construcción identitaria y sus posicionamientos frente al mundo:

- a) los procesos de precarización e informalización de las dinámicas, circuitos e imaginarios juveniles;
- b) el repliegue del Estado social y el fortalecimiento del Estado punitivo;

- c) el descrédito de las instituciones modernas –como la escuela y los partidos políticos, los sindicatos, las “empresas”–, como garantes de la incorporación, de socializaciones “exitosas”.

Estas dimensiones se encuentran ampliamente documentadas por distintos instrumentos, tanto cuantitativos como cualitativos, y su impacto en la construcción de identidades juveniles tiene repercusiones diferenciales según el lugar que los jóvenes ocupan en la estructura social.

Dada la gravedad de la situación que enfrentan millones de jóvenes que habitan en las zonas de exclusión, agudizadas por el capitalismo tardío, voy a centrar mi análisis y reflexiones en esos jóvenes.

BIOGRAFÍAS EMERGENTES

Karla es una “gótica” o, más bien –aclara–, es una “darki-industrial”; entró en la *movida* cansada de la escena “industrial”, que ya no le gustaba. Antes estuvo entre los punks y, antes de eso, “uy, hace mucho” –dice–, era una estudiante de preparatoria. De riguroso negro, los labios pintados de morado, Karla trabaja de cajera en una zapatería en el centro, “porque no hay de otra”, y ahí *no se la hacen de tos con su look* (un arete le perfora la nariz y otro la ceja, y su palidez un poco ficticia es llamativa); aunque advierte que para “cajerear” se quita el de la ceja, que es el que más *saca de onda* a los patronos y a los clientes. Hija menor de una familia de cinco hermanos, donde todos le “entran parejo al jale” (dos de los hermanos están en los “iunaites” y mandan la *lana puntualitos*, “es buena banda”). Estudió hasta la *prepa*, que no terminó porque su familia no pudo sostenerla más y, además, “porque no sirve para nada, es una pendejada, la escuela es para los riquillos” –añade convencida–, mientras da

una larga fumada a su cigarro sin filtro. Karla vive en una vecindad, en una casa con dos cuartos, con sus papás y tres hermanos, y la esposa y el bebé de un año de uno de ellos; el barrio donde está la vecindad es muy “caliente” y no pasa un día sin que *la “pinche tira” entre a joderse a los chavitos*. Por el tiempo en que la entrevisté, leía fascinada a William Blake, a quien descubrió entre sus amigos *góticos*, y su grupo de música favorito era “Love it’s colder than death”. Estaba pensando en limarse los dientes, pero la *neta* es “que esta ciudad no aguanta esas ondas y no hay quién te dé trabajo si te pasas de raro”.²

Los años de pandillero le causaron a Fredi problemas serios con la tía Amparito. Esa familia que le dio de comer y modos para estudiar lo había hecho fuerte, pero entre cuidar al primo down y perseguirlo para que no abandonara la escuela como sus amigos, la mujer tenía cansancio moral de sostenerlo. A él le daba culpa, pero nada lo haría dejar la *mara*, aun si tenía que afrontar el vacío. Esa atención extra que se ganaba con lógica y razón el primo bobo era la que él no terminaba de tener. Sus amigos de la *mara* le habían puesto al primo “el Subwoofer” –por la manera de sonar cuando lloriqueaba– y él, con cariño, porque al fin y al cabo siempre lo quiso, lo defendía de las bromas más pesadas. *Cuando la migra lo agarró*, el Subwoofer estaba enfermo; tenía una pulmonía que no dejaba dormir a la tía. Ella ya no le perdonaba que dejara la escuela. Se la pasaba con la *mara*, *bien loco*, *con unos tonchos de californiana*, y empezó a *hacerle* también a la coca. “Total que andaba yo bien distraído y ahí nos agarraron, al Sapo, al Jenja Motroco y a mí. Veníamos de cobrarle sangre a los Ñetas y nos agarran.”

² Entrevista realizada en el año 2002.

—¿De dónde eres?

—*American citizen.*

Pasó dos meses en la cárcel, que era como *un hospital de limpio* y como *una tumba de cerrada*. Le tocó un abogado chicano. *Él, que conste, con los chicanos, nada*. Se entendieron muy bien, y consiguió que lo mandaran a El Salvador con todo y *su haina*.

“El día que salí de ‘Elei’, hasta chillé, de pura tristeza, de coraje. *La mera neta* era mi país, mi casa. Pico Unión era mi barrio; la mara, mi familia. No pude despedirme de nadie. Y así llegué yo a San Salvador, con ciento veinte dólares, mi haina embarazada, sin hablar español y unas direcciones que mi tía Amparito me escribió en una servilleta que mandó con una vecina.”

La llegada fue con prensa. Eran él y varios más, eran parte de una oleada. Volaban en grupos y así los iban reubicando, a algunos les armaban expedientes y condena. A otros, como él, los obligaban a reportarse tres veces a la semana a una comisaría.

“Se corrió la voz y ya pronto vinieron a buscarme los MS, con desconfianza primero, pero en las primeras misiones me les probé, que era yo un bato firme y cabal. Además, los tatús no saben mentir, son una señal muy fuerte, haga de cuenta que es como un pasaporte o un acta de nacimiento.”

En la mara lo deslumbró un personaje salido de la mitología maya, un guerrero *bien indio* que se llamaba el Cakchiquel. Era de Comalapa y estaba *bien loco y acelerado*. A cada rato la *mara* le “tenía que prender la luz”. *Andaba haciendo el viaje de todos pero al revés, de Guatemala a El Salvador*. En las largas charlas con él, recuperando las historias de sus ancestros, es que recuperó el español, porque no hubo escuela para los “repatriados”.

Miedo tuvo Fredi cuando llegó a El Salvador. Dice que fue como si llegara a Marte. No entendía nada. Cuando

se fue a vivir a San Jacinto, un barrio obrero que reproduce la geografía de las pandillas de Los Angeles, sur contra norte, oeste contra este, MS contra la 18, sintió que no entendía nada; había árboles por todos lados, casas muy pobres de lámina, perros callejeros. Un mundo que, para un ex estudiante de Belmont y perteneciente a una oleada exitosa de inmigración, era la otredad total. Lo más duro fue saber que su cuerpo no le pertenecía: durante las visitas a la Comisaría era sometido a interrogatorios, sus tatuajes eran revisados por psicólogos, sus huellas digitales aparecían en una ficha que decía “altamente peligroso”; le hacían exámenes médicos, tomaban muestras de orina para controlar el consumo de estupefacientes. Le daba vergüenza volver con Nayeli después de esas sesiones, se sentía desnudo en esa nueva geografía que controlaba sus pensamientos y su cuerpo. Pero aprendió a lidiar con ello, a engañar a psicólogos y policías, a decirles lo que querían oír. Fredi supo que cuantas más veces muriera su papá en el monte y más veces repitiera que sus tíos estaban ocupados labrándose una historia en los “iunaites”, y que a él ni lo pelaban, más felices se sentían los psicólogos y más pronto lo dejaban ir. Fredi se desdobló en dos personajes: la víctima que actuaba ante los adultos y las autoridades y el veterano endurecido a punta de *puyasos y vergueos*, el *homie* leal y entero, probado en el campo de batalla.³

Guillermo se moja la cara para sacudirse los temores. Sabe que tiene pocas opciones y que de ésta no lo salva ni su edad. Pero no *se vale* aceptar ningún temor; él es el duro entre los duros y, en las películas anticipadas que se

³ Entrevista realizada por Rossana Reguillo en noviembre de 2005. El texto corresponde a una crónica realizada en colaboración con Cristián Alarcón (trabajo en proceso).

contaba a sí mismo sobre su propia muerte, se veía cayendo interceptado por las balas de la policía, heroico, sangrante, silencioso, sabio. Nunca Guillermo se preparó para ser capturado, para ser sometido a la vejación de una *pinche* psicóloga *buena onda* que llenaba papeles al tiempo que le daba palmaditas en la pierna, como diciéndole “yo te entiendo”; no se imaginó que en el centro de detención para menores, los más pequeños lo iban a erigir en árbitro de sus peleas, a él, semejante veterano, lugarteniente del mismísimo señor, desde que a los 14 años se enroló en las filas de los soldados del narcotráfico, desesperado y convencido de que todo otro camino estaba cerrado para él.

A los 13, Guillermo había dejado la secundaria por un problema con un maestro con el que terminó *agarrado a golpes*: que le quitó su cuaderno de grafiti y un aerosol de su mochila –dijo el niño en su defensa–; que traía un arma y drogas –dijo el maestro a la policía–. Fue su primera vez en *el tute*. Ahora, esperando la visita de su madre, “qué humillación –piensa Guillermo–, qué jodida la vida, que lo obligaba a aceptar el papel de un ‘menor inadaptable’”, como decía la psicóloga *buena onda*. Qué terrible no poder morir como corresponde, sacando el cuerpo a la intemperie, peleando hasta el último aliento, perdiéndose en una cortina de puro plomo macizo, como Macizo era su apodo, su nombre de batalla. Guillermo tenía miedo de no estar a la altura de los relatos de su propia muerte que propagó por el barrio, y sí, muy allá, en el fondo, tenía miedo de su *mamita*, porque estaba seguro de que ella hubiera entendido mejor su muerte que ese exilio *pendejo* que lo condenaba a una culpabilidad incómoda y muy poco, poquísimamente heroica.⁴

4 Entrevista realizada en febrero de 2005.

“La frenética búsqueda de identidad no es un residuo de los tiempos de la preglobalización, aún no totalmente extirpado, pero destinado a extinguirse conforme progresa la globalización”, dice Zygmunt Bauman (2001, p. 175) y, bien al contrario, añade, es “el efecto secundario y el subproducto de la combinación de las presiones globalizadoras e individualizadoras”. Y de manera absolutamente contundente, concluye: “Las guerras de identificación son un vástago legítimo y compañero natural de la globalización y, lejos de detenerla, le engrasan las ruedas”.

Quisiera inscribir los tres “relatos” aquí narrados –que provienen de distintas etapas de mi trabajo etnográfico– justamente en lo que Bauman llama la “frenética búsqueda” de la identidad en tiempos globales, porque esa perspectiva permite, me parece, trascender algunas visiones culturalistas con las que tiende a ser pensada la identidad, visiones cuyo principal problema es el de concebir la identidad como una cuestión supraestructural desvinculada de las posiciones objetivas de los actores sociales, un “plus” que añade “valor” a esos actores. Y, por otro lado, rompe con aquellas visiones positivistas que tienden a pensar la identidad como una “excrescencia”, como un lastre que debía ser liberado por la modernidad. Por el contrario, la perspectiva que me interesa sostener es que la identidad social no puede entenderse ni analizarse al margen de las condiciones objetivas que la hacen posible y, aunque sea deseable deshacerse del pesado fardo intelectual que nos han legado distintas *esencializaciones* de la identidad, ella se constituye en un horizonte, marco, dispositivo clave para entender las transformaciones que se están operando en la escena social y su relación con las dimensiones subjetivas a través de las cuales los jóvenes dotan de sentido a la realidad.

En tal sentido, “Karla”, “Fredí” y “Guillermo”, o “el Macizo”, constituyen identidades juveniles al límite: una joven mujer, gótica y subempleada; un “marero” salvadoreño, preso en una cárcel mexicana, y un joven de 17 años acusado de asesinato y “delitos contra la salud”. Se trata de tres jóvenes muy distintos entre sí, pero que comparten cuestiones de fondo.

La primera encontró entre la comunidad “darki” o “gótica” un espacio de identificación y pertenencia, y le dio salida a la ausencia de sentido sobre lo que le sucede en un movimiento que asimila la muerte como algo deseable. El segundo joven, Fredi, encontró en la “mara”, no sólo un espacio de identificación y pertenencia, sino una verdadera familia que lo acoge cuando todos los dispositivos institucionales fallan, y asume la muerte como parte inherente a una vida de violencias que lo persiguen desde los 6 años. Finalmente, “el Macizo” encontró respuestas en el oscuro mundo del narcotráfico y del crimen organizado, donde halló los recursos que en otras partes escaseaban, y se arroga la muerte como un derecho incuestionable.

Las tres biografías (de las que reproduzco sólo un pequeño fragmento) están atravesadas por la ausencia de instituciones “tradicionales” –¿normales?– aceptadas. En los tres jóvenes hay un abandono temprano de la escuela, por crisis económica, por una “opción por la violencia” o porque la familia es incapaz de sostener al joven en esta institución. En los tres, hay un profundo desencanto frente a las “ofertas” sociales y lo que resulta diferente son las “salidas” que los jóvenes buscan y encuentran a un problema que deja de ser individual cuando, en los colectivos de refugio, se topan con muchos y muchas como ellos, expulsados, exiliados, prófugos de la precariedad.

Pero quizá lo más significativo de estas biografías que emergen en el contexto del neoliberalismo predador y del agotamiento de las respuestas institucionales es, lo que quisiera llamar, la aceleración de la *desafiliación* y su rostro político, la desinstitucionalización. Es decir, no vale o no es pertinente acudir a la explicación psicologista o biopolítica que tendería a encontrar en esas “biografías”, o bien el quiebre de la identidad individual, o bien el hecho de ser portador de “genes defectuosos”. El problema es mucho más complejo, y es estructural. Esos jóvenes “hablan” a muchos otros, a una diversidad de identidades que colapsan en el circuito aceitado de lo considerado normal o aceptable, pero que buscan estrategias de sobrevivencia más allá de esos límites.

El vacío de lo público genera una tendencia –especialmente en los sectores menos favorecidos– a irse desvinculando de instituciones, asociaciones, pactos sociales, normas de civilidad, normas ciudadanas. Ello provoca, por un lado, una respuesta muy caótica, sincopada y, por otro, formas organizativas que tienden a una altísima regulación –no siempre simbólica– y que, precisamente, al ofrecer y garantizar un “programa” claro, reglas simples –por más duras que sean–, objetivos nítidos y, sobre todo, una opción de futuro, se configuran en alternativas seductoras y deseables. Me refiero con esta última a la creciente adscripción juvenil a las sectas, a las neogiglesias, al retorno y reconfiguración de las bandas, *clikas*⁵ o pandillas juveniles, al crimen organizado, donde se destaca principalmente el narcotráfico.

Por ejemplo, podríamos citar aquí el caso de la escuela en relación con el narcotráfico. En un contexto en el que la escuela se ha ido convirtiendo en rehén de los discursos de la “comodificación” y de la competitividad, y que, al mismo tiempo, sigue reproduciendo su discurso de “único” mecanismo para la movilidad social a costa del esfuerzo personal y de la entrega sin condiciones a sus propuestas, el narco atisba el horizonte, se “hace cargo” de la crisis y promete llegar más rápido, con menor esfuerzo.

En México, por ejemplo, la ENJ (Encuesta Nacional de Juventud) de 2005 (Reguillo, 2006) mostró que el 42,4% de los jóvenes dejaron los estudios por tener que trabajar, mientras que el 29% dice haberlo hecho porque ya “no les gustaba estudiar”, y apenas el 17% señaló, como razón, la finalización de sus estudios; en un dato digno de ser tomado en cuenta, sabemos que el 12,1% de los jóvenes dejaron de estudiar “porque sus padres ya no lo permitieron”. Llama la atención el porcentaje tan importante (57,5%) que, en el rango de edad que va de los 12 a los 14 años, señala como razón para abandonar los estudios el “ya no

5 Variante o ramificación de las maras centroamericanas.

me gustaba estudiar". Ello estaría indicando, con las precauciones que hay que tener en relación con el modo en que los jóvenes contestan una encuesta, que, más allá de las dificultades estructurales, la escuela se muestra cada vez menos capaz de interesar y retener a los jóvenes.

A estos datos hay que añadir el hecho del peso de las decisiones familiares en las biografías juveniles. Por ejemplo, citando la misma encuesta, encontramos que la decisión de que el joven entrara a trabajar corresponde en un 48,2% a la familia, mientras que la decisión autónoma del joven representa el 25,6%. Si desagregamos los datos por "pertenencias" socioeconómicas, los números se vuelven elocuentes: mientras que el 57,1% de los jóvenes de los estratos *medios-altos* toman esta decisión por sí mismos, el porcentaje de los que lo hacen en los sectores más desfavorecidos representa el 22%. Esto significa que la posición en la estructura social tiene un papel determinante en la autonomización de los sujetos juveniles.

Karla, Fredi y Guillermo se han visto obligados a sumarse tempranamente a los circuitos "productivos"; en el caso de Karla, todavía en los ámbitos "formales" pero terriblemente precarizados. Los dos varones, una vez expulsados de la dinámica formal, optaron por los circuitos ilegales e informalizados. Lo que quisiera enfatizar entonces es la doble problemática que esto representa para la escuela. Por un lado, es claro que ella no está al margen de los contextos precarizados y que su escasa capacidad de interpelar los imaginarios juveniles en torno a las "ventajas" de la escuela no puede reducirse a una "falla" atribuible directamente a la propia institución; por más esfuerzos que se hagan en atribuir la responsabilidad a la escuela, la disminución de los PIB latinoamericanos destinados al rubro educación marca un límite claro. De todos modos, esto no debe significar un abandono de la crítica a la escuela, ni una justificación de sus propias contradicciones y agotamiento. Pero, por otro lado, y quizá de manera más dramática, el mecanismo bidimensional que se establecía entre la familia y la escuela, como espacios de

continuidad en la atribución de "valor" a la formación, está colapsado y hoy entran en escena "nuevos" discursos, como el de las industrias culturales y su enorme capacidad de diversificar y desregular las ofertas de adscripción identitaria, o el caso del ya citado narcotráfico. Es decir, los factores que expulsan a los jóvenes de la escuela y del trabajo producen un "vacío" de sentido, de legitimidad, de dirección, que es llenado rápidamente por discursos, imaginarios y prácticas difíciles de contrarrestar desde los discursos tradicionales.

A ello se suma lo que algunos autores (como Bauman, Beck o Giddens) han venido llamando la "precariedad biográfica del yo", concepto cuya utilidad reside en señalar la enorme responsabilidad que se está depositando en los individuos (en los jóvenes) a contravía de las instituciones. Hay en la atmósfera una lógica instalada que tiende a "culpabilizar" a los sujetos individuales de la precariedad de sus propias vidas. En mi propia investigación he podido constatar cómo jóvenes de diversos estratos sociales asumen, como carencia propia, como problema de "aspecto", de "estilo", de "disposiciones" y de "capital", las dificultades para insertarse –incorporarse– a la sociedad.

Muchos jóvenes asumen con pasmosa aceptación "su" fracaso escolar, "su" imposibilidad de acceder a los circuitos formales del mercado, "su" precaria condición, en primera persona del singular.

PRECARIZACIÓN Y CONTINGENCIA ("NADA A LARGO PLAZO")

Esta asunción en primera persona de la situación que experimentan encuentra su contrarrelato en los felices cantos a la flexibilización familiar.

En su extraordinario libro *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo* (2000), Ri-

chard Sennet señala que el signo más tangible del cambio en las maneras de organizar el tiempo y, en especial, el tiempo del trabajo, es el lema “nada a largo plazo”.

Esta expresión –utilizada por ejemplo en ATT (empresa de telefonía norteamericana)– condensa y metaforiza la envergadura de las transformaciones que hoy enfrentan las nuevas generaciones. Sabemos que las trayectorias y las biografías estables ya no son posibles en un mundo que asume que todo es contingente. La cuestión estriba en indagar qué tan precaria puede devenir la contingencia y cuál es el impacto de esas “eventualidades azarosas” para los jóvenes.

“Nada a largo plazo” puede representar una bandera que, en principio, resultaría liberadora, impugnadora de la “jaula de hierro” weberiana, siempre y cuando esa expresión sea “voluntaria”, es decir, asumida como decisión propia. Lamentablemente, todos los indicadores señalan que la erosión del “largo plazo” –al que quisiera entender aquí como el pacto que establece un individuo con la sociedad para garantizar su inserción e incorporación a la dinámica social– es una consecuencia no buscada y derivada de las tensiones y transformaciones de la nueva sociedad del trabajo.

Desempleo, subempleo, informalidad, trabajo precario, temporal, representan el horizonte para numerosos jóvenes que ven mermadas sus posibilidades de ser incluidos en la sociedad. Según datos de la CEPAL (2004), el trabajo informal urbano pasó del 43% en 1990, al 48,4% en 1999, y sigue aumentando. Por su parte, la OIT señala que aproximadamente el 85% de todas las nuevas oportunidades de empleo en el mundo se crea en la economía informal. La cuestión es preguntarse si estos datos sostienen el imaginario de una sociedad “liberada” o el de una sociedad que no logra resolver la inclusión de sus nuevos miembros. Queda claro, a través de los indicadores, que la exclusión creciente de las nuevas generaciones de la dinámica productiva no se refiere a una liberación social sino que, por el contrario, indica que cada vez más este eslogan del “nada a largo plazo” obtura la mirada crítica sobre la exclusión creciente.

A finales de la década de los setenta, la exclusión –como concepto– nombraba a aquellos que quedaban por fuera de la dinámica social en función de “desventajas personales”, es decir, la exclusión “calificaba” al individuo en su relación con la sociedad.⁶ La trampa de este uso –que persiste hoy en ciertos sectores– salta a la vista, como he tratado de mostrar.

No hay manera de eludir que la exclusión *debiera calificar a la sociedad como un sistema sociotécnico* que expulsa hacia los márgenes, que gestiona la desincorporación o la “desafiliación” mediante los mecanismos de la llamada “flexibilización”. En 1993, la tasa de desempleo juvenil era, en la región, del 12,4%; en el año 2003, esa misma tasa era del 16,6%, con una variación porcentual del 33,9% (OIT, 2004).

En este contexto cabe preguntarse cuál es el papel que está jugando la familia. Todos los datos apuntan a que, para los jóvenes principalmente, ella se ha convertido aceleradamente en espacio de contención de la crisis.

En México, en la ENJ 2005, ya citada, los jóvenes fueron interrogados sobre los espacios y relaciones más importantes. A nivel nacional, la encuesta muestra que los tres ámbitos más importantes para los jóvenes los constituyen la familia (87,0%), el trabajo (66,2%) y la escuela (61,4%), esta última con una diferencia mínima porcentual en relación con la pareja o el novio (60,8%).

Pero, por otra parte, si se interroga sobre aquellos ámbitos o esferas que proveen mayor satisfacción a los jóvenes, resulta interesante observar (tomando los valores máximos, es decir, muy satisfechos) que la familia se convierte en la institución más elegida (46,8%), seguida muy de lejos por la escuela (25,7%) y la pareja (23,1%). Mientras que lo que menos satisfacción genera es la propia situación económica (13,4%) y el trabajo (14,7%).

6 Véase el interesante análisis sobre las transformaciones de la noción de exclusión que desarrollan Boltansky y Chiapello (2002), en *El nuevo espíritu del capitalismo*.

Hay que resaltar aquí que los grados de satisfacción en relación con la familia alcanzan su mayor porcentaje entre los jóvenes de los estratos más favorecidos, mientras que resulta menos satisfactoria para los jóvenes de las localidades semiurbanas y los más pobres, lo que no deja de resultar problemático en tanto que, para esos jóvenes, la familia es un referente fundamental. La distancia declarada entre la importancia que los jóvenes otorgan a la familia y la satisfacción que dicen experimentar, muestra un desajuste que obliga a problematizar ciertas visiones romantizadas que ven en la familia el "último reducto" frente a la crisis. Indudablemente, ella está jugando un papel central, pero es importante interrogar ese papel de manera multidimensional.

Los indicadores disponibles muestran que cada vez más la edad de salida del hogar se está posponiendo y sabemos que, por ejemplo, en México, el 84% de los jóvenes de 12 a 29 años de edad contribuyen económicamente al sostenimiento de su casa parental. No es un dato menor. Por otro lado, la investigación etnográfica me permite afirmar que se está produciendo un retorno "medieval" a la familia como unidad empresarial de producción para la subsistencia, en tanto que se ha convertido en un núcleo laboral, muchas veces alrededor de una misma actividad informal, en la que participan todos sus miembros, desde los adultos hasta los niños.

La informalización de las redes para la subsistencia es un hecho que salta a la vista. La familia, en primer término, y los amigos y la comunidad más inmediata se constituyen en redes y dispositivos para la producción y el consumo. Se puede citar como ejemplo el caso del mercado "pirata". En la ciudad de México, en una zona conocida como "Tepito", hay almacenes de mercancías piratas (películas, música, aparatos) que son administradas por la familia nuclear y extensa, y donde los jóvenes juegan un papel central en la comercialización. O el caso de las llamadas "narcotenditas", donde es la madre la que efectúa la venta al por menor de la droga que los hijos negocian en los circuitos

más "profesionales". Y hay ejemplos menos ¿dramáticos?: familias que sobreviven con la producción y comercialización de comidas populares (maíz, papas, etcétera), o las organizadas alrededor del reciclamiento de la basura.

No es posible, entonces, asumir una posición de superioridad moral frente a las biografías de Karla, Fredi o Guillermo, que, a mi juicio, metaforizan de una manera extrema el malestar profundo y la crisis de fondo que sacuden el piso en el que muchos, miles, millones de jóvenes en la región están configurando sus identidades.

Me pregunto, en este mismo sentido, una cuestión que me persigue desde hace varios años: ¿cuánta exterioridad le cabe a la escuela? Lo que podría traducirse en la pregunta por la posibilidad y, especialmente, la capacidad de la escuela para hacerse cargo de los efectos sistémicos del modelo de desarrollo sociopolítico y económico-cultural asumido.

DESAFÍOS

Si algo caracteriza a los colectivos juveniles insertos en procesos de exclusión y de marginación es su capacidad para transformar el estigma en emblema (Reguillo, 1991), es decir, hacer operar con signo contrario las calificaciones negativas que les son imputadas. Por ejemplo, la dramatización extrema de algunos constitutivos identitarios, como el lenguaje corporal o la transformación a valencia positiva del consumo de drogas como prueba de "virilidad" y desafío, la opción por la violencia como marca de prestigio.

Todos estos elementos apuntan a una inversión simultáneamente lúdica y dramática de los valores socialmente dominantes. Resulta fundamental, no obstante, analizarlos en su arraigo empírico, lo que permite captar los diferentes planos de expresión y comprender, con rigor, las múltiples articulaciones que están

dando forma a las configuraciones identitarias de los jóvenes en su ineludible vinculación con el resto social.

Es imprescindible añadir un “nuevo” frente de desigualdades que se está traduciendo en diferenciaciones identitarias (y no al revés), que es el de la eufemísticamente llamada “brecha digital”, que está condenando a un importante número de jóvenes a formas de exclusión cultural.⁷

Como una hipótesis interpretativa me gustaría terminar planteando, a modo de conclusión, que en el momento actual estamos frente a dos juventudes: los “desconectados y desiguales” (parfraseando a García Canclini) que, pese a su desencanto, tienden a refugiarse en las certezas que arrojan el grupo familiar y la comunidad, y a mostrarse más confiados en lo que podría llamarse el “capital humano”; y los favorecidos y ya incorporados, que parecen fundamentar sus certezas en los beneficios que aporta la conexión al mundo globalizado. La diferencia se vuelve evidente: soportes privados, contingentes, informales, frente a soportes “institucionalizados” y regulados.

Los jóvenes no están “fuera” de lo social: sus formas de adscripción identitaria, sus representaciones, sus anhelos, sus sueños, sus cuerpos, se construyen y se configuran en el “contacto” con una sociedad de la que también forman parte. Dijo Bourdieu que “la juventud no es más que una palabra”; lamentablemente, los signos contemporáneos parecen indicar que ese “sustantivo”, como lo llamaría Borges, se convierte aceleradamente en la acumulación de adjetivos excluyentes.

Guadalajara, 6 de noviembre de 2006

⁷ En México, el 77% de los jóvenes de estrato medio-alto poseen computadora, mientras que entre los de estratos socioeconómicos muy bajos la cifra es del 0,5% a nivel nacional; los jóvenes con acceso privado a Internet son el 20,2%, cifra que baja a 5,7% en el estrato bajo y a 0,4% en el muy bajo.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Bauman, Z. (2001): *La sociedad individualizada*, Madrid, Cátedra.
- Boltansky, L. y Chiapello, E. (2002): *El nuevo espíritu del capitalismo*, Madrid, Akal.
- CEPAL (2004): *La juventud en Iberoamérica. Tendencias y urgencias*, Santiago de Chile, CEPAL.
- García Canclini, Néstor (2004): *Diferentes, desconectados y desiguales. Mapas de la interculturalidad*, Barcelona, Gedisa.
- OIT (2004): *Tendencias mundiales del empleo juvenil*, Ginebra.
- Reguillo, R. (2006): “Legitimidades divergentes. Prácticas e imaginarios juveniles”, en Pérez Islas, J. A. y Valdés, M. (coords.): *Encuesta Nacional de juventud 2005*, México, SEP/IMJ.
- (1991): *En la calle otra vez. Las bandas juveniles. Identidad urbana y usos de la comunicación*, Guadalajara, ITESO. Segunda edición corregida y aumentada, 1995.
- Sennet, R. (2000): *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*, Barcelona, Anagrama.